

## UNA NOVELA PARA DESCOLONIZAR A COLON

**Cedric Belfrage.** *Mi amo Colón.* (Colección Huracán). La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1988, 354 p.

Quando hace una quincena de años tuve el placer de conocer, gracias a Teresa Proenza quien hace poco nos abandonara con un gran fardo de cosas que quedaron sin contar, a Cedric Belfrage, no podía imaginar que nuestros caminos se volviesen a juntar tan estrechamente sin vernos. Este inglés de “piel rosada”, cabellos blancos y ojos azulísimos había tomado por hogar el mismo lugar de México que escogió Hernán Cortés para gozar de su duramente ganado marquesado, Cuernavaca. México, “tierra de refugio”, como le llamó Martí, abrió su seno al perseguido del terror *macartista* instaurado en los Estados Unidos en la postguerra contra la intelectualidad progresista. Es muy probable, que este valle climáticamente delicioso y tan asediado ahora por los turistas, su ambiente histórico y cultural hayan condicionado en alguna medida la creación que Belfrage nos ha regalado, no sólo a latinoamericanos y caribeños, la estupenda novela para inquietar la mente: *Mi amo Colón*.

La bibliografía colombina, ya extensa y aburridora, con sus pendulares glorificaciones y condenas, se enriquece con una visión frescamente original (ignoro si alguien lo intentó antes), la visión emanada de un largo y único interrogatorio a un “descubierto”, quien no sólo nos descubre a su amo Colón, sino también descubre al país que luego se calificará de descubridor del suyo, ya descubierto y poblado por sus antepasados. La jerigonza no está en las palabras sino en los acontecimientos, y a destrabarla se encamina la obra de Belfrage.

El relato, no tiene un comienzo muy original, que digamos, se trata del hallazgo de un manuscrito, en este caso no fue en Zaragoza ni por un polaco, sino en un corral de cabras donde lo guardaba un campesino quien se lo entregó a Belfrage después de vaciar una botella de coñac y obtener el juramento de publicarlo fielmente.

El manuscrito es una extensa declaración obtenida mediante los persuasivos métodos de la inquisición española, tan admirados y ejemplarmente seguidos por las dictaduras militares que han dominado nuestras sufridas tierras con la bendición imperialista de los gobiernos de los Estados Unidos. Es pues, si descontamos el burocrático “conduce” del fraile inquisidor a las altas autoridades del no tan santo oficio, una historia autobiográfica de Yayael, o una biografía de Colón del mismo autor, o una mezcla de una y otra, porque las condiciones incómodas en que fue expuesta impidieron las correcciones estilísticas para diferenciar un género del otro.

Yayael, el “descubierto” narrador, fue un privilegiado testigo, desde su hermosa isla Guanahaní, de la accidental llegada de tres grandes embarcaciones con gentes bien diferentes a cuantas habían visto hasta entonces: pieles rosadas, envueltos en gruesos tejidos y un olor amargo e irresistible a quienes hacían del baño costumbre más que diaria. Allí tuvo lugar el encuentro, como dicen algunos, de dos mundos; “el descubrimiento”, como dicen otros mirando confortablemente desde las tres naves; o el inicio de la “invasión”... Por el momento pudiéramos optar por un término más conciliador por su virtud especulativa: *el encontronazo*. Encontronazo que sirvió de punto de partida a una relación intermitentemente estrecha y continua entre el joven lucayo Yayael y el jefe de los pieles rosadas: Cristóbal Colón. Relación de amo y sirviente. Posición privilegiada para el lucayo Yayael, (si ignoramos la función de limpiar la bacinica del Almirante de la Mar Oceana) para conocer de cerca y sin prejuicios algunos pormenores corrientes de las aventuras, venturas y desventuras de tan ilustre y debatido personaje.

El retrato de Colón, o perfil, o contorno silueteado por Yayael, es abismalmente diverso al delineado magistral del soliloquio sangrado por Alejo Carpentier, en *El arpa y la sombra*, quien nos entrega un Colón maniatado de raíz al mercadeo y marinería, ducho en parolachas y en braguetaos de la más alta majestad (pero sin llegar a las jactancias públicas de aquel Don Juan de Mañara que dice Marañón paseaba en los ruedos su lomo enletrado: “Mis amores son reales”). No es el Colón de los largos monólogos carpenterianos —que tan poco placer produce a sus admiradores— especulando entre las fábulas y exageraciones, los tamaños y porvenires de su ambiciosa empresa. Mucho menos se asemeja este retrato-perfil-desde-ángulo-óptico-aborigen, al extasiado Almirante de Paul Claudel, guiado más que por brújulas y astrolabios, por el derrotero inextraviable de divinas voces celestiales. *Mi amo Colón* no

tiene parangón, con aquellos Colones novelados por Carpentier y Claudel, este peculiar retrato, o álbum de retratos en el cual no siempre está presente el pecoso almirante, trazado por Diego, digo, donde digo Diego, digo Yayael, es un testimonio de ficción, de un personaje que debe valerse de un intermediario-cánonigo-traductor de sus experiencias como testimoniante conquistado.

En torno a ese personaje, Yayael, que pronto perdió su nombre original, a causa de la manía iniciada por Colón de imponer distinta denominación a cuanto pudo (no pocas veces se salió con su deseo), por el nombre común entonces de Diego, como el hermano y el hijo de Colón, Diego como el cardenal Deza, acucioso inquisidor general quien tanto le ayudó al navegante y Diego como su pariente político Enríquez de Arana, y como otros tantos Diegos que Yayael conoció, incluyendo al último, fray Diego Lucero, quien le sirvió de escribano en su involuntaria confesión, gira el entramado de la novela.

Desde el primer capítulo en el cual dos hilos vitales, se contactan, unen, trenzan-arrastrando nuevos hilos y se desunen, destrenzan, chocan, rompen, estructurando un tejido en el cual se plasman extrañas e inesperadas figuras, texturas, coloraturas, puede apreciarse la sólida preparación que ha exigido la obra al autor. No ha intervenido solamente la lectura y asimilación de las fuentes hispánicas: el propio Colón, su hijo Fernando, el incansable Bartolomé de las Casas, Fernández de Oviedo y otros tantos cronistas de "Indias"???. Sino también profundos buceos en la cuantiosa colombinística, en las culturas aborígenes antillanas y en la historia espiritual de la España del XVI. ¿Por qué no suponer su contacto con el sentir de los grupos autóctonos actuales?.

De otro modo no hubiese podido lograr su objetivo máximo: mostrar la interacción de ambas culturas. Precisemos, el choque desde la escala microsocial, sicológica, de las relaciones entre Colón y Yayael, vista con los ojos de este último, y el choque a macro-escala, (en el envión de la invasión europea), el desgarramiento, absorción y deformación de la sociedad aborígen con una velocidad y violencia espeluznante. Todo desde la torturada intelección de un joven lucayo que se esfuerza por comprender a los "pieles rosadas" y sólo logra sumirse en un mar de confusiones. He ahí donde está uno de los lazos más firmes que nos echa al cerebro la novela desde los primeros capítulos. Porque si de reales descubrimientos se tratase, con excepción de los intentos de Fray Ramón Pané, en esta época de invasión, conquista y ocupación más pronto descubrieron y con mayor precisión los pueblos subyugados los entresijos de la cultura agresora. El europeo fue desnudado en toda su huesa política y

espiritual desde los primeros contactos: supieron de inmediato las cosas que buscaban, la pasión y los vicios, la crueldad de sus instrumentos de guerra, su enfermiza sexualidad, la rudeza de su religión, la insociabilidad de sus hogares, e infinidad de secretos, puestos a transparencia por la vía de los contrastes, de un insistente parangonar y preguntarse. Todo un mundo de contrastes, divorcios, disparidades, enigmas, detrás de una misteriosa y aparente grandiosidad. Desde este ángulo, el testimonio de Yayael irá creciendo en esa “involuntaria” exploración descubridora.

Yayael-Diego picado por la curiosidad se une a los españoles, convencido del poderío de las criaturas rosadas intenta aceptar en parte sus ideas de “civilización” y sus creencias, pero durante todo el tiempo hace comparaciones entre las dos sociedades en colisión y los patrones que las rigen: una embistiendo, la otra resistiendo o cediendo. Es ese cotejo permanente y totalizador, el que confiere a la narración un carácter conmocional y desalienante. La historia observada desde la otra rivera, vista desde el punto de vista etnocentrista opuesto adquiere matices de interpretación bien singulares. El grado de civilización de una cultura no se puede medir exclusivamente a partir de su desarrollo técnico-productivo (jamás compartido plenamente) el cual es un factor importante de la dinámica de la historia humana, pero esta estructura técnico-económica nunca puede servir de medio para declarar a una cultura “superior” y a otra “inferior”. Esa es una terminología de uso peligroso. Si algo logra demostrar las razones-comparaciones de Yayael/Belfrage es la relatividad de los juicios comparatísticos predominantes en el mundo capitalista. Si alguna superioridad pudiera otorgarse a una cultura es a aquella que sepa guardar la armonía necesaria, justa, entre los diversos factores que integran la actividad social del hombre, la armonía entre el producir, consumir y el convivir. Superior es la sociedad que sepa ofrecer con los medios a su alcance la satisfacción más equilibrada a su grupo humano.

Aunque algunas veces tengamos una idea demasiado idílica del acontecer en las comunidades aborígenes de lo que hoy llamamos América, y ninguna sociedad en el pasado ni en el futuro estará exenta de contradicciones y conflictos, sin lugar a dudas, la vida española de los siglos XV y XVI (en las obras de la “mala vida” en España y en la novela picaresca hay bastante prueba de ello), era más profundamente desequilibrada, disforme, que la de los antillanos. En esas características tan bien contrapuestas por Belfrage reside el eje de una contemplación desenajenante, propugnadora de hechos de un modo de

ver diverso, objetivista, descentrado, de un nuevo modo de comprender la etapa de la historia que inaugura el encontronazo de Colón y Yyael, una historia con dos protagonistas.

No es que falten biografías de Cristóbal Colón imbuídas de un espíritu más comprensivo, desapasionado, en su mejor sentido, como la del soviético Yáhav Svet, bien escrita y bien traducida (Isabel Pozo Sandoval), que acaba de publicar Editorial Progreso de Moscú, por citar una, pero aun lastrada de la visión eurocentrista, que en *Mi amo Colón* se ve eclipsada mediante el plano de una “historia cotidiana” en la cual la ficción revienta de autenticidad. La verdad de esta novela histórica, no está en la precisión de los hechos sino en la atmósfera lograda, capaz de satisfacer al historiador desfanatizado más exigente. Si alguien duda, de que un europeo de pura cepa caucasoide, con nombre de caballero medieval con asiento en la Mesa Redonda del rey Arturo, puede colaborar a la descentralización etnoeuropea de nuestra historia le invito a leer esta obra, escrita con tanta seriedad como humor.

No sin la envidia que nos produce una buena novela histórica a los historiadores, por lo general impedidos de decir lo que puede intuir y empedrar, un bien preparado narrador, agradecemos esta novela a Cedric Belfrage por cuanto contribuye por otra vía a despejar una nueva manera de encarar la historia, nuestra historia, tan llena de complejidades contradictorias. Gracias también a la Editorial Arte y Literatura por la magnífica edición, de casi 20,000 ejemplares, con buen papel, esmerada encuadernación y sin escandalosas erratas. ¡Cuántos ejemplos buenos a seguir!

**Salvador Morales**